

## ANTONIO DE HERRERA Y TORDESILLAS

Nació en 1549 en Cuéllar, España. Murió en Madrid el 13 de mayo de 1625.

Humanista destacado, fue nombrado Cronista Mayor de las Indias en febrero de 1596. Recibió para su labor preciada documentación procedente de los actores de los descubrimientos y conquistas americanos, como Bernal Díaz, Oviedo, Las Casas, Cieza de León e informes de las más importantes autoridades y personajes del Nuevo Mundo. Con ellos inició la redacción de su *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, más conocido con el nombre de *Décadas*.

A Herrera, humanista se debe la traducción de las obras de Juan Tomás Minadoy, *Historia de la guerra entre los turcos y persianos* (1588); de Juan Botero, los diez *Libros de la Razón de Estado* (1593), de Tácito, *Los Anales* y otras más del italiano, francés y latín.

El valor de su obra ha sido realzado por Rómulo D. Carbia, *La crónica Oficial de las Indias Occidentales. Estudio histórico y crítico acerca de la historiografía mayor de Hispano-América en los siglos XVI a XVII. Con una introducción sobre la crónica oficial en Castilla*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la Plata, 1934. (Biblioteca Humanidades XIV); José Torre Revello, *La expedición de Don Pedro de Mendoza y las fuentes informativas del Cronista Mayor de las Indias Antonio de Herrera y Tordesillas, en Contribuciones para el estudio de la Historia de América. Homenaje al Dr. Emilio Ravignani*. Buenos Aires, Peuser Ltda., 1941, 640 p.; Carlos Bosch García, *La Conquista de la Nueva España en las Décadas de Antonio de Herrera y Tordesillas, en Estudios de Historiografía de la Nueva España*, México, El Colegio de México, 1945, 329 p., p. 143-202, así como Antonio Ballesteros y Beretta en el prólogo a las *Décadas* en la edición hecha en Madrid en 1934.

Fuente: Antonio de Herrera. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme de el Mar Océano*. Prólogo de J. Natalicio González. 10 v. Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1944-47.

### VELAZQUEZ Y CORTES

Diose Grijalva mucha prisa para llegar a la ciudad de Santiago, adonde ya se aparejaba la segunda armada: y pa-

reciendo ante Diego Velázquez, le dio pocas gracias por lo que había trabajado: antes le riñó mucho, afrentándole la palabra, porque así era su condición, por no haber ido contra su propio mandamiento en poblar, pues a él le fuera mejor, y más provechoso: y esta misma satisfacción daba Grijalva, y decía, que su obediencia no merecía tan mal acogimiento; y como Diego Velázquez tenía comenzado a aderezar otra armada, y se acabó de informar de todo lo que se halló en el descubrimiento, tenía recogidos diez navíos, con los que llevó Grijalva; y para hacer la población con más fundamento, envió a la Española a Juan de Salcedo, a pedir licencia a los padres jerónimos, con algunas muestras de lo hallado: y a Castilla envió a Benito Martín, su capellán, con las nuevas, y relaciones muy cumplidas del descubrimiento, y piezas ricas de oro, y otras cosas, con que se confirmase cuanto enviaba a decir, y para que suplicase al rey le hiciese algunas mercedes, y diese algún título, por sus largos servicios, y viese de hacer algún asiento para la población, y lo demás que se descubriese; y dando prisa en el armada, en que gastó veinte mil ducados, pensó enviar por general de ella a Baltasar Bermúdez, también natural de Cuéllar, su tierra, y le rogaba, que lo aceptase, diciendo que lo haría por honrarle, porque le quería bien y le trataba bien. Baltasar Bermúdez tenía los pensamientos altos, y parecía tener de sí demasiada confianza; y por haber pedido condiciones, que desagradaron a Diego Velázquez, se enojó: y como era muy libre, y sacudido, echólo de sí con palabras desmandadas; y discutiendo en las personas a quien podría encargar aquella armada, no se acababa de resolver, porque también discurría sobre parientes. Era contador del rey en aquella isla, Amador de Lares, burgalés, hombre astutísimo, y que no sabía leer, ni escribir, aunque con la prudencia y astucia suplía las faltas: y si bien de pequeño cuerpo, había servido de maestresala al gran capitán, y gastado con él muchos años en Italia, y con éste trabajó Hernando Cortés, de tener gran amistad, que no era muchos quilates menos astuto que él: y por esto creyeron muchos, que se habían ambos confederado, en tanto grado, que partirían el hacienda, que Cortés adquiriese, yendo en aquel viaje:

Y como Diego Velázquez comunicaba con Amador de Lares, como oficial real, las cosas de la armada, y las demás de la gobernación de la isla, le persuadió, ayudado de su se-

cretario Andrés de Duero, que también era amigo de Cortés, que la encargase a Hernando Cortés; y como Diego Velázquez conocía bien a Amador de Lares, siempre vivía con él rectado: pero como cuando los que aconsejan tienen crédito, y tienen intereses propios, una vez, o otra, guían la resolución de los negocios al fin que les conviene, como la saeta dirige al blanco, y así salió con su intento, porque Diego Velázquez se determinó de nombrar a Hernando Cortés por capitán general de aquella armada en que gastó veinte mil ducados; y como era alegre, y orgulloso, y sabía tratar a cada uno conforme a su inclinación, y el ser alcalde le favorecía mucho, supose dar maña en agradar a la gente, que para el viaje, y población se allegaba, que era toda voluntaria, por las riquezas que se prometían, y con dos mil castellanos, con que se hallaba, y no cuatro mil, comenzó a ponerse a punto, y gastar largo, tratándose, como capitán, de una jornada de tanta esperanza, como aquella. Y acerca de esto, no me ha parecido pasar en silencio, que Francisco López de Gómara, capellán de D. Hernando Cortés, que asentó en su servicio la última vez que vino a Castilla, no refiere lo que en esto pasó, con la neutralidad, que la historia requiere. Y antes que se pase más adelante, dejando a Hernando Cortés poniéndose en orden para la jornada, es de saber, que como se sonó el descubrimiento de la tierra, y riqueza de Yucatán, Francisco de Garay, que gobernaba la isla de Jamaica, determinó le enviar a Diego de Camargo a descubrir con uno, u dos navíos, y descubrió la provincia de Pánuco desde donde Grijalva se volvió hasta cien leguas hacia la Florida; y atribuyéndolo a sí este descubrimiento, envió a Castilla a suplicar al rey, que le hiciese merced de esta gobernación, ofreciendo de poblar, y conquistar aquellas provincias a su costa: pidió título de adelantado, y ciertas leguas de tierra con jurisdicción, y otras mercedes; y el año siguiente de 1519, se le dio el despacho en Barcelona; y andando el clérigo Benito Martín solicitando por Diego Velázquez, el obispo de Burgos hizo proveer por obispo de Cuba a un fraile dominico, llamado Fr. Juan Garcés, confesor suyo, maestro en teología, notable predicador, y docto en la lengua latina; en tanto grado, que dijo el maestro Antonio de Lebrija, que le convenía estudiar, para saber más que aquel fraile; y como Benito Martín fue bien recibido, por las nuevas que llevó del descubrimiento, y las riquezas: y con las muestras de ello, a vueltas de los negocios que trataba, por haber llevado relación, que la tierra que se había descu-

bierto adelante de Cuba, era isla, pidió por merced, que le diesen el abadía de ella, que no salió menos que la Nueva España, que los indios llamaban Culúa; y habiéndoselo concedido, y pasado a Fr. Juan Garcés, de obispo de Cuba, a obispo de Cozumel, o de Santa María de los Remedios, entrambos se hallaron burlados, porque Cozumel se pensó, que era muy gran cosa, y salió poco: y Culúa, que era poco, salió cosa grandísima. Anduvo después sobre ello gran controversia. y moderóse con dar el obispado de Tlascala a Fr. Juan Garcés, y cierta recompensa a Benito Martín.

Luego que partió de Cuba Benito Martín, con las muestras sobredichas, pareciendo a Diego Velázquez, que para sus pretensiones convenía enviar otra persona, despachó a Gonzalo de Guzmán, natural de Portillo, con su poder, para que juntándose con Pánfilo de Narváez, tratasen sus negocios, y pretensiones; y habiendo dado sus memoriales, como el obispo de Burgos, por la muerte del gran canciller, y con el ayuda de Cobos, había vuelto a los negocios, y presidía ya en el Consejo de las Indias, favoreciendo a Diego Velázquez, o por parecerle, que era buen servidor del rey, por haber sido autor de tan grandes descubrimientos, o porque, como se dijo, le quería casar con doña Mayor de Fonseca, su sobrina: y porque también Diego Velázquez tenía muchos amigos, se le consideraron las cosas siguientes:

Primeramente licencia, para que a su costa pudiese descubrir cualquier isla, y tierra-firme, que hasta entonces no estuviesen descubiertas, con que no fuesen de las contenidas en la demarcación del rey de Portugal. Que pudiese conquistar las tales tierras, como capitán del rey, y poner debajo de su señorío, y servidumbre, con que guardase las instrucciones que se le diesen, para el buen tratamiento, pacificación, y conversión de los indios. Que se le daba título de adelantado, por toda su vida, de las dichas tierras que descubrió y de las que a su costa descubriese. Que pudiese llevar la quincena parte de todo el aprovechamiento, que en cualquier manera, de aquellas tierras el rey tuviese, por su vida, y de un heredero; y que habiendo poblado, y pacificado cuatro islas, ya habiendo trato seguro en la una, que él escogiese, hubiese la veintena parte de todas las rentas, y provechos, que al rey se siguiesen, por cualquiera manera, perpetuamente, para sí, y sus herederos.

Que de toda la ropa, armas, y bastimentos, que de Castilla llevase para las dichas tierras, por toda su vida, no pagase

derechos algunos. Que se le hacía merced de cierta hacienda de pan cazabi, y puercos, que el rey tenía en el Habana, para que se gastase en lo dicho. Que se le señalaban trescientos mil maravedís de salario en las dichas tierras. Que se le hacía merced de la escobilla, y relieves de las fundiciones del oro. Que hechas las fortalezas, que fuesen menester en las dichas tierras, se tendría respeto a sus servicios, para darle las tenencias de ellas. Que se suplicaría al Papa, que concediese bula, para que los castellanos que muriesen en aquella demanda fuesen absueltos de culpa, y a pena. Que los que allí poblasen, no pagasen del oro, que cogiesen de las minas, más de el diezmo, los dos primeros años, y de allí el tercero año la novena parte, hasta llegar, y parar en la quinta parte. Que los pobladores no pagasen, por seis años, nada de la sal, que comiesen, si no hubiese por parte de el rey arrendamiento. Que en cada navío que enviase a la dicha navegación, el rey le mandase proveer de un clérigo de misa, a costa de la Real Hacienda. Que el rey proveyese de médicos, boticarios, medicinas y cirujanos. Que le mandaría dar veinte arcabuces, o mosquetes de a dos arrobas. Que pudiese llevar, por diez años, mercaderías, mantenimientos, y otras cosas, sin pagar derechos. Que pudiese llevar de la isla Española, y de las demás, la gente que quisiese ir con él, con que no viniese daño a la población. Que el rey tendría cuidado de honrarle, y hacerle merced, según sus servicios, como a criado suyo, prometiendo de guardarle lo capitulado, como él prometiese de cumplir las instrucciones que se le daban, para el buen tratamiento, y conversión de los indios, y para traerlos de paz. Esta capitulación fue hecha a 13 de noviembre de este año, en Barcelona; y en el mismo tiempo andaba Cortés aparejando su partida; y desde los trece de noviembre sobredichos, hasta los diez y ocho del mismo, que Hernando Cortés se alzó con el armada de Diego Velázquez, es de notar, que no tuvo más de cinco días de diferencia.

Nombrado Hernando Cortés por capitán general (de que unos se holgaban, y otros no) y dando priesa en su despacho, Diego Velázquez iba cada día al puerto, que estaba junto, y con él Cortés, y toda la ciudad, a ver los navíos, y proveerlos: y una vez iba delante un truán, llamado Francisquillo, que tenía Diego Velázquez, y volviéndose a él, dijo a Diego Velázquez: Mira lo que haces, no hayamos de ir a montear a Cor-

tés. Dio Diego Velázquez grandes gritos de risa, y dijo a Cortés, que como alcalde iba a su lado: Compadre (que así le llamaba siempre) ¿mirad qué dice aquél bellaco de Francisquillo? Respondió Cortés, aunque lo había oído, fingiendo que iba hablando con otro: ¿Qué, Señor? Dijo Diego Velázquez: ¿Qué si os hemos de ir a montar? Respondió Cortés: Déjele vuestra merced, que es un bellaco loco: yo te digo, loco, que si te tomo, que te hago, y te acontezca; y todos, burlándose, y riéndose del dicho del loco, cuya profecía, escarbando en el alma de Diego Velázquez, y de sus deudos, y amigos, que hasta entonces no habían mucho mirado en ello, le hablaron de veras, y dijeron, que cómo no advertía en el yerro grande que hacía, en fiar en Cortés (a quien él, mejor que otro, conocía) empresa de tan grande importancia, y en que tanto iba su honra, y hacienda; y que era cosa cierta, que Hernando Cortés se le había de alzar, según sus astucias, acordándole lo que en Barbacoa le urdía, y otras cosas, cuantas pudieron hallar para persuadirle. Diego Velázquez, volviendo sobre sí, y conociendo, que le decían lo que probablemente, y según reglas de prudencia se podía presumir, determinó de quitarle el cargo, y salir de aquel cuidado; y porque comunicaba las cosas de aquella armada con los oficiales reales, especialmente con el contador Amador de Lares, se lo descubrió a Cortés, aunque según era despierto, y avisado, no era menester, que nadie se lo advirtiese, pues bastara para entenderlo, mirar a la cara de Diego Velázquez. La primera noche que lo supo, estando todos acostados, y en el más profundo silencio, fue a despertar a sus mayores amigos, diciéndoles, que luego convenía embarcarse: y con el número de ellos que le pareció, para defensa de su persona, fue a la carnicería: y aunque pesó al obligado, tomó cuanta carne había, y la mandó llevar a los navíos, no embargante, que se quejaba, que si faltaba la carne para el pueblo, le llevarían la pena; y quitándose una cadenilla de oro, que llevaba, se la dio, y sin estruendo se fue a los navíos, a donde ya halló mucha gente embarcada, porque era grande el deseo de todos de salir cuanto antes para la jornada. Diego Velázquez fue avisado del obligado, o de otros, que Cortés se iba, y que ya estaba embarcado: levantóse, y toda la ciudad espantada, fue con él a la mar, en amaneciendo; y en viéndole Cortés, mandó aparejar un batel, guarnecido de falconetes, escopetas, y ballestas y con la gente de quien más se fiaba, se acercó a tierra. Dijo Diego Velázquez: Pues cómo, compadre, así os vais? buena

manera es esa de despediros de mí. Respondió Hernando Cortés: Señor, perdóneme V. m. porque estas cosas, y las semejantes, antes han de ser hechas, que pensadas: vea V. m. que me manda.

No tuvo Diego Velázquez que responder, viendo tanto atrevimiento, y resolución: y volviéndose Cortés a los navíos, mandó alzar las velas a 18 de noviembre, con más de trescientos soldados, con muy pocos bastimentos, porque aún no estaban los navíos cargados: fuese al puerto de Macaca, quince leguas, a donde había cierta hacienda del rey, y en ocho días hizo hacer a los indios más de trescientas cargas de pan de cazabi, que cada una pesa dos arrobas, y es comida de un mes para una persona: tomó puercos, aves y todo el bastimento que pudo, diciendo, que lo tomaba prestado, o comprado, para pagarlo al rey. De aquí se fue para la costa de Cuba abajo, y descubrió un navío de la isla de Jamaica, cargado de puercos, tocinos, y cazabi, que llevaban a vender a Cuba: y aunque pesó a su dueño, se le llevó a la villa de la Trinidad, que estaba en aquella costa, doscientas leguas, y más de la ciudad, y puerto de Santiago: y luego tuvo noticia, que pasaba cerca otro navío cargado de bastimento, para provisión de la gente, que andaba en las minas de la provincia de Xaguá.

Envío al capitán Diego de Ordaz con una caravela, que le llevase al cabo de San Antón, por apartarle de sí, porque por ser hechura de Diego Velázquez, temía de él, que allí le aguardase. En la villa de la Trinidad mandó poner su estandarte delante de su posada, y pregonar su jornada, como se había hecho en la ciudad de Santiago, y entendió en buscar armas, y parte por fuerza, parte de grado, tomó bastimentos, y algunos caballos, apaciguando a los dueños con conocimientos que les daba, que se lo pagaría en tantos pesos: y allí se embarcaron cien soldados de los de Grijalva, que estaban esperando el armada, a los cuales no pesara de llevarle por general, y en Cuba se lo advirtieron a Diego Velázquez. Embarcáronse también aquí los cinco hermanos Alvarados, Pedro, Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan, con otros hombres de suerte. Escribió Cortés a la villa de Sancti Spiritus, diez y ocho leguas de allí, engrandeciendo la jornada, combinando la gente, porque había mucha principal; y como la fama de grandes cosas, que de ella se prometían, ya se había extendido, acudieron algunos, y entre ellos eran principales, Juan Velázquez de León, pariente de Diego Velázquez, Adolfo Hernández Puertocarrero, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Rangel.

Juan Sedeño, Gonzalo López de Ximena, y Juan López su hermano: y también embarcó los indios que pudo haber para servicio: pasó a la villa de San Cristóbal, que a la sazón estaba en la costa de el sur, que después se pasó a la Habana, y allí cargó de todo el bastimento que pudo, pagándolo como pagaba lo otro.

Vista por Diego Velázquez la desobediencia de Cortés, juzgándole por hombre alzado, estaba con mucho sentimiento del caso, pero todavía confiando, que como tenía humos de hombre honrado, no haría cosa, que pareciese indigna de quien era, y que se pudiese llamar desconocimiento, ni ingratitude; y aunque conocía el engaño de Amador de Lares, disimulaba con él: pero sus deudos Juan Velázquez, que decían el borrego, Bernardino Velázquez, y otros, afeando el caso, le indignaban, y así mismo Juan de San Millán, que llamaban el Astrólogo, y le persuadían, que revocase los poderes a Hernando Cortés, diciendo, que no esperase de él ningún reconocimiento, y que se acordase, que le tuvo preso, y que era mañoso, y que si presto no lo remediaba, le echaría a perder; por lo cual envió luego dos mozos de espuelas, de quien se fiaba, que harían diligencia, con mandamiento, y provisiones para Francisco Verdugo, su cuñado, que era alcalde de la villa de la Trinidad, dándole comisión para que detuviese la armada, porque ya Hernando Cortés no era capitán, y se le habían revocado los poderes. Escribió a Diego de Ordaz, a Francisco de Morla, y a otros, para que ayudasen en ello a Francisco Verdugo. Hernando Cortés, a quien no se encubrió mucho lo que pasaba, habló en secreto a Diego de Ordaz, que ya era vuelto del cabo de San Antón, y a todas las demás personas que le pareció, que podrían favorecer el intento de Diego Velázquez, y procuró, que el mismo Ordaz hablase a Francisco Verdugo, y le dijese, que hasta entonces no había visto ninguna novedad en Hernando Cortés, sino que siempre se mostraba servidor de Diego Velázquez: y que cuando todavía quisiese intentar de quitarle la armada, advirtiese, que Hernando Cortés tenía muchos caballeros amigos, y muchos soldados a su devoción, y que le parecía, que sería poner cizaña en la villa, y dar ocasión a que la saqueasen, o hiciesen algún daño semejante, y así no se trató de ello. Y el un mozo de espuelas, que se llamaba Pedro Laso, se quedó en la villa, y se fue en el armada, y con el otro escribió Hernando Cortés a Diego

Velázquez, que se maravillaba de su merced de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo era de servir al rey, y a él en su nombre; y que le suplicaba, que no oyese más a aquellos sus deudos: y también escribió a sus amigos Amador de Lares, Andrés de Duero, y a otros.

Partido el mensajero, mandó solicitar el despacho del armada, apercibir las armas, y que dos herreros que había en la villa, hiciesen apriesa casquillos, y a los ballesteros, que desbastasen almacenes, para que tuviesen muchas saetas. Y pareciendo a Hernando Cortés, que ya no tenía que hacer en el puerto de la Trinidad, se embarcó con la mayor parte de la gente, para ir al Habana por la banda del sur, y envió por tierra, con los que quisieron ir, a Pedro de Alvarado, para que fuese recogiendo más soldados, que estaban en ciertas estancias de aquel camino, porque Pedro de Alvarado era apacible, y tenía gracia en hacer gente de guerra; y también mandó a Escalante, que era gran amigo suyo, que fuese en un navío por la banda del norte, y que los caballos fuesen también por tierra: llegó Alvarado, y Escalante, y los caballos, y todos los navíos de la armada, a la Habana, solamente faltaba la nave capitana, que se había desaparecido de noche; y como pasaron cinco días, y no parecía, sospechaban, que se hubiese perdido en los jardines, cerca de la isla de Pinos, porque son ciertos bajos peligrosos: por lo cual acordaron, que fuesen tres navíos a buscarla; y en aderezarse los navíos, y en porfiar quien había de ir, se pasaron otros dos días, y tampoco parecía: lo cual dio causa, que comenzasen pláticas de quién había de ser gobernador del armada, mientras Cortés pareciese, el cual, como llevaba el navío de mayor porte, tocó en el paraje de los jardines, y quedó algo en seco: y usando de su gran diligencia, y ánimo, de presto le hizo descargar, porque había adonde; y muy cerca: y como el navío estaba en ligero, pudo nadar, y le metieron en más fondo, y luego volvieron a cargarle, y dando vela, llegó al Habana, adonde fue bien recibido, y aposentado en Casa de Pedro Barba, teniente de Diego Velázquez, y allí mandó poner su estandarte, y dar pregones de la jornada, acudieron Francisco de Montejo, Diego de Soto, el de Toro, Angulo, Garciacaro, Sebastián Rodríguez, Pacheco, Roxas, Santa Clara, los dos hermanos Martínez, y Juan de Nájera, todos hombres de suerte.

Habiendo Hernando Cortés entendido los rumores, que se levantaban en su ausencia, envió en un navío a Diego de Ordaz, para que en un pueblo de indios, que estaba en la punta

de Guaniguanigo, cargase de cazabi, y tocinos, y que aguar-dase allí, porque fue uno de los que fomentaban los rumores, y no convenía tenerle entre la gente: dábase priesa en adere-zarse, mandó sacar a tierra el artillería, que eran diez tirillos de bronce, y algunos falconetes: dio el cargo de ella a Mesa, or-denó a Juan Catalán, Arbenga, y a Bartolomé de Usagre, que le ayudasen a limpiarla, y a refinar la pólvora: los balleste-ros, que aderezasen las cuerdas, nueces, y almacén, que tirasen a terreno, y mirasen a cuántos pasos llegaba la furia de cada ballesta. A otros ordenó, que pues en aquella tierra del Ha-bana había mucho algodón, que hiciesen armas defensivas, bien colchadas, para resistir a la flechería, pedradas, varas arrojadizas, y lanzadas de los indios. Comenzó aquí a tratar su persona como general, porque puso casa, con mayordomo, camarero, y maestresala, y otros oficiales, hombres de honra; y estando todo apercebido, y hechas pesebreras en los navíos para los caballos, llegó Gaspar de Garnica, criado de Diego Velázquez, el cual, sentido de su cuñado Francisco Verdugo, de Diego de Ordaz, y de las demás personas, a quien había ordenado, que en la villa de la Trinidad detuviesen el arma-da, le enviaba con provisiones, para que Pedro Barba, su te-niente, en el Habana, prendiese a Hernando Cortés, y con cartas para Diego de Ordaz, Juan Velázquez de León, y para otros deudos, y amigos, que en ello asistiesen al teniente: con el mismo Garnica avisó un fraile de la Merced, que estaba en la ciudad de Santiago, a Fr. Bartolomé de Olmedo, de la misma orden, que iba en la armada, la comisión que llevaba Gaspar de Garnica; y hay opiniones, que también se lo avi-saron Amador de Lares, y Andrés de Duero: y como ya había apartado a Diego de Ordaz, por ser hombre de autoridad, y la otra persona de quien más podía temer, era Juan Velázquez de León, hombre de reputación, y de valor, y de muchos ami-gos, acordó de hablarle en secreto: y de tal manera trató con él, y con otros, que de la misma suerte que se había hecho en la villa de Trinidad, se disimuló en el Habana; y el teniente Pedro Barba escribió a Diego Velázquez con Gaspar de Garnica, que sus mandamientos llegaron muy tarde: por-que demás de que Hernando Cortés se hallaba con muchos soldados, todos le tenían buena voluntad, y de ellos era bien-quisto, y temía, que cuando algo emprendiera, no pudiera sa-lir con ello, antes se ponía en peligro, que le saqueasen, y robasen la villa, y hiciesen embarcar a todos los vecinos, y se los llevasen consigo, y que él no había visto en Hernando

Cortés señales, sino de hombre, que mucho le deseaba servir, y agradar. También el mismo Hernando Cortés escribió a Diego Velázquez, certificándole, que era muy servidor, y rogándole, que no diese crédito a nadie, que otra cosa le dijese: y porque le parecía que aquellos movimientos, deteniéndose más en la isla de Cuba, no le podían causar ningún provecho, solicitó más su partida: mandó embarcar los caballos y que Pedro de Alvarado fuese en un buen navío, que se llamaba S. Sebastián, por la banda del norte, a la punta de San Antón: y que dijese a Diego de Ordaz, que también aguardase, porque con mucha brevedad se iba a juntar con ellos.